

01- EL GERENTE Y LA REGADORA

Los europeos, generalmente, vienen a la América sin más lastre monetario que el justamente preciso para el primer almuerzo, inmediato al desembarco. Para la cena próxima, América proveerá, suplantando al filántropo Dios del maná. En el cerebro del pueblo europeo, América es un símbolo de abundancia. No importa que el emigrado carezca de aptitudes intelectuales o físicas para el trabajo. El hecho de emigrar importa, a su juicio, el derecho a la opulencia. Y la riqueza debe venir de golpe, sin sacrificios lentos y perseverantes, porque, como dicen todos: *«para matarnos trabajando, no hubiéramos salido de nuestras casas»*.

El primero que cae del burro de tal fantasía es el obrero, hijo de las realidades crudas, que se echa a sudar el centavo, arrancándole a la tierra, prolífica madre cuando tiene por engendrados los brazos humanos. Los instruidos y cultos, por el contrario, siguen aferrados a su quimera. Dormidos y despiertos sueñan con una fortuna rápida, conseguida en pocas horas con una operación feliz, con un invento, con un arranque de la imaginación. De aquí ese cúmulo de proyectistas, esa pinga de fundadores de sociedades cooperativas y anónimas, mamíferos de la fortuna ajena, mojonos rentados de la circulación mercantil, sombrosos de un ente cuya definición intrincada se halla en los códigos modernos.

Para enseñanza de incautos, voy a contaros un caso práctico, altamente dramático, a cuyas víctimas inocentes he visto llorar y morir.

II

Don Germán Kesner. Ingeniero de las Universidades de Bruselas y París, llegó A Buenos Aires el año 90, en aquella época de pura farra mercantil y social, de brillantes y caballos de las estepas del zar. de champagne y macabizas de Coquelin y de Tomba; cuando por un fácil caminito de tarjetas se llegaba hasta las cajas de [os bancos nacionales; cuando todo se tomaba *«pa el churrete»*, leyes, instituciones, poder judicial, cámaras, ministerios, presidencia. representación nacional; edad no de piedra, ni de hierro, sino de formas coreográficas, faldas de seda, ostras y plata-papel.

¡Qué tiempos aquellos! Lástima que se terminaran a tiros. Fue el lógico epílogo que tienen los hartazgos. La naturaleza humana es así: necesita avinagrar un poco los vinos más dulcemente mareantes, tras de la orgia, el drama; tras de los glandes bromazos, los grandes

enajos: tras del beso, el mohín del hastío. La historia del Universo se reduce a esto: placeres nacionales con epílogos de guerras civiles.

Yo creo, sin embargo, que debieran volver los días del 90 para mayor progreso del país No hablo en broma. El orden es la anemia de los pueblos latinos, así como es la prosperidad de los sajones. En nuestra raza, el orden se traduce en no hacer nada. Es estéril, eunuco, marica. En los días actuales, que no tenemos novias importadas por Tomba, ya no existe para nosotros ideal que nos induzca, sino al trabajo, a la fundación de algo anónimo o cooperativo.

Volvamos al ingeniero Kesner. Era el emblema del cosmopolitismo, un gorrión de todas las latitudes, ave de paso en todos los hemisferios, audaz, joven, de hermosa planta, bigote rubio y negros ojos. Parecía una creación de Maclcinley y de la bella Otero; muy poliglota, muy elegante y gran reclutador de voluntades. Habla viajado más que un transatlántico, y en todas partes se le pegó algo útil; en Londres el cálculo; en California el instinto minero; en Bruselas la mecánica; en París la elegancia y el ingenio; en el mediodía de Esparta la audacia de don Pedro de Mendoza; *en pianino e dolce delta sua conversazione*. Con todos estos elementos formó un carácter cúspide, verdadera renta vitalicia de algunos hombres. Era londinense para calcular capitales ajenos; belga para mecanizarlos.... a su voluntad; parisién, italiano y español para hacerles el amor; californiano para minarlos.

Encontró en Buenos Aires un manicomio sin verjas, un lirismo mercantil desenfrenado, una francachela bursátil encantadora. Mercurio vivía en perpetuo respingo. El momento no podía ser más propicio para lanzar un proyecto estupendo, mitad científico, mitad industrial, sugestivo y hasta poético. Se trataba de hacer navegable La Pampa. No exageremos. Nuestro famoso ingeniero sólo quería regarla en épocas de gran sequía, para lo cual sacó de su macuca cabeza el invento de un sistema de tuberías aéreas que, arrancando de las lagunas esparcidas por el campo, subirían las aguas por medio de la

presión obtenida con la fuerza motriz y veletera de unos molinos de viento muy originales. Después, cuando las tierras laborables estuviesen muy secas, no habría más que soltar los espiches, y aquello sería una bendición de lluvia.

¡Qué alboroto en la Bolsa, en los corrillos comerciales y en los escritorios de los registros! Cábeme la gloria de haber sido el primero que dio la noticia en un diario del cual era yo cronista de carreras y frontones, y hasta me permitía el director (que era un Bibolín literario) escribir críticas sobre ciencias y literatura, porque han de saber ustedes que yo soy una alhaja periodística, y lo mismo disertó sobre una bolea de Mardura que sobre los sistemas unicamerales de la filosofía de Kant. Fui gran amigo de Kesner, que me ofreció algunas acciones de la Regadora a cambio de mis servicios periodísticos. Con grandes epígrafes a la cabeza y mucha pavería debajo, escribí dos columnas sobre la nueva sociedad asegurando que el invento de la lluvia artificial del insigne ingeniero, venía a trastornar los designios de la Providencia «*La ciencia en su poder creador, se aproxima a Dios*» (terminaba, hecho un completo pavo, con el moco filosófico colgando).

La trola de la Regadora era algo gorda para que hormiguearan los compradores de las acciones. Era necesario que comenzasen a circular en la Bolsa. Hecha la primera operación, ya vendría luego eso que se llama «la cadena de los negocios».



Y Kesner halló el primer eslabón que habla de hacer punta de una cadena de arruinados. En sus elegantes correrías sociales, conoció el ingeniero a doña Carlota, rica y respetable viuda, y a su única hija Damiana, hermosa como un Iris primaveral, con un talle de lirio, una

cabellera de virutas de oro, unos ojos azules y cariñosos como los de Santa Inés, una boca que hacía desear tornarse en pan, y en la boca unos dientes, apretados y menudos, como piezas de suero labrado que hacían exclamar a los panes: «¡mordednos!, ¡mordednos!»

A Damiana le hizo tilín el Ingeniero de Bruselas y París. El amor es un sentimiento que nace a primera vista, y que nunca ha sido esclavo de la razón, ni se ha sometido a los análisis del buen juicio. Su emperadora dinastía es eterna en el mundo moral ... y hasta en el inmoral. Kesner, que tenía de las argentinas las mismas ideas de Reclus, el cual se enteró en la bahía de Rio Janeiro de que no son útiles en el matrimonio, afectó hallarse muy enamorado de Damiana. Doña Carlota vio con buenos ojos las relaciones del ingeniero y su hija. ¡Cómo no, si se trataba del fundador de la Regadora, de un hombre eminente, de un sabio destapado en Buenos Aires!

Con las horas de intimidad, llegaron las de una casi comunidad de bienes. Kesner fue el consejero de la viuda en materia de finanzas. La indujo a vender todas sus propiedades incluso la espléndida casa en que vivía, para con su producto adquirir acciones de la Regadora. Valía la pena de sacrificarse unos meses, alquilando una casa modesta en las afueras de la ciudad, mientras se hacía la evolución del capital.

—Sí, mamá, véndelo todo; hazle caso a Germán, que entiende mucho de negocios —dijo Damiana.

Se hizo la operación, y doña Carlota fue la primera accionista que tuvo la *Regadora*.

Al poco tiempo, la sociedad anónima era un fracaso estrepitoso, presentándose en quiebra. La empresa no era mala y fue una lástima que se acabara el capital cuando ya los tubos estaban en las lagunas y no faltaba más que ponerlos de punta para que empezaran los chaparrones. Como Kesner, gerente de la empresa, supusiera que había de tardar en llover, creyó oportuno apandar con gran parte del capital integrado, cargando en la cuenta de tubos y regaderas el importe de sus

rapiñas. Los accionistas echaron el kilo para recobrar algo de lo puesto en la empresa; pero, con la disculpa de liquidarla jurídicamente, cayeron encima de ella los abogados, los procuradores. El gran can simbolizado en el síndico, el rematador, los contadores públicos, todas las ardillas de la curia; unos, lápices en ristre, sacando inventarios, apuntes y notas; otros, los gordos, trabajando en el expediente, atándole y desatándole, metiendo en él autos y más autos, escritos de reclamación, escritos aclaratorios, defensas del abogado del Directorio, del abonado del síndico, del abogado de Kesner, de todos los abogados de la república, y de algunos de Inglaterra que representaban a los fabricantes de los tubos y de las regaderas. En aquel expediente mojaron todos los discípulos de Justiniano. Cuando estuvo bien rollizo de doctrina forense y tocaron a repartir los despojos, los accionistas no vieron ¡ni fósforos!

La *Regadora* solo regó a Kesner y a los curiales, dejando un reguero de arruinados.

IV

— No llores, hija mía, no te desesperes de ese modo, porque te vas a enfermar, y eso sería lo peor de lodo.

— ¡Ay, mamá!, ¡mamá querida! —gemía Damiana—. Ya no vuelve... ¡Ya verás cómo no vuelve!

— Sí, mi hijita; ¿cómo no ha de volver?

— No, mamá, no vuelve. Lo dices por consolarme. Hace un mes que no le hemos visto, y el corazón me dice... ¡ay, mamá querida!... me dice que no vendrá nunca. ¡Es un infame, un canalla, que después de robarnos, me ha engañado!

Y a Damiana se le evaporaba la vida en sollozos.

— Siendo un mal hombre —argüía doña Carlota— le debes

olvidar por indigno de tu cariño.

— ¡Ay, mamá! es que malo y todo, yo le quiero. Le llevo aquí dentro, en el alma; vive diluido en mis entrañas, mezclado en mi sangre, esparcido en mi corazón y aposentado en mi cabeza. Aunque fuera el misino Judas, yo le querría lo mismo. Para el amor no hay hombres malos; no hay más que hombres, hombres tizones que se meten por nuestros ojos y nos derriten el alma, y nos calcinan la sangre. Me siento morir.... yo me voy a morir, ¡mamá querida!

— Pero, reflexiona, ¡hija mía!

— Yo no reflexiono, mamá; yo soy mujer: yo amo; yo no pienso: yo siento. Mis ideas son un hombre que ha huido de mí, que se ha escapado de mi interior, estrujándome las entrañas.. . ¡maldito! ; ¡maldito sea! Pero no. que yo le quiero, le amo, le ... ¡ay, mamá querida!, yo me voy a volver loca y más le he de querer cuando se me escape toda la razón. ¡Ay, Dios mío, no me abandones!

Hundido su bello rostro en el seno de su buena madre, la desgraciada niña era el emblema del tormento. Tenía los ojos quemados por el llanto; y el dolor, en su voracidad incesante, la iba comiendo celeroso su naturaleza hermosa, ajando morbideces, destruyendo líneas y desplomando contornos.

V

— ¡Qué haces, mamá? —preguntaba Damiana pocos días después, desde su blanco lecho de virgen enferma, de mal de amores.

— Estoy cosiendo para pagar el alquiler de la casa.

— ¡Ay. mamá, qué horrible es la miseria!

— No, hija mía; con paciencia todo se hace soportable. Lo necesario ahora es que te pongas buena, y así, aunque nos hayarnos quedado pobres, renacerá otra vez la alegría, que es la opulencia de la

vida.

— Sí, mamá; me voy a poner buena para ayudarte. Verás, verás.... ahora mismo me levanto. Tráeme una aguja, y además hilo.... hilo blanco.... negro no, mamá, negro no.

Y al decirlo, no lograba moverse, a pesar de sus esfuerzos; se le caían desmadejadamente los brazos, y su cabeza, quemada por la fiebre, volvía al hoyo de la almohada con la pesadez de una piedra granítica.

Un lucero prematuro venía tirando del negro manto de la noche.

— Mamá....

— ¿Qué quieres, mi sol?

— Me estoy poniendo buena. Ya no me barrenan la cabeza los pensamientos fijos, y todo lo que discurro no tiene forma ni color; es como el espacio ocupado por la sombra. Se me ha entumecido el corazón, y la sangre ya no me hierve: se me ha quedado muy mansa y se me va congelando despacito.... ¡ay, qué dulce hielo, mamá!

— ¡Hija mía!, ¡Damiana!, ¿qué dices?

— Empiezo a no ver nada malo, ni nada bueno...., a no ver nada.... y ya no vibro, ¡oh, mamá querida!, ya no siento el sacudir furioso de las pasiones.

Doña Carlota, muy alarmada, llamó al médico, que se explicó con una receta inofensiva y un diagnóstico pesimista. El galeno no entendía la enfermedad, pero sospechaba la muerte.

Una bocanada de aire nocturno, aliento de Satanás, penetró en la habitación. que olía á romero quemado, desinfectante de los enfermos pobres.

— Mamá

— Descansa, hija mía, duérmete.

— Siento la invasión de un sueño muy pesado, y por si me quedo dormida para siempre, quiero decirte una cosa.

— ¿Qué?

— Que vendas todos mis vestidos para pagar el alquiler de la

casa..., todos menos el blanco, que me hará falta muy pronto.

¡Ah!, sácame este anillo de compromiso, que es de oro, y véndelo también..., pero no, no me lo saques, porque todavía siento un leve vestigio del risueño vivir que simboliza este frío metal.

— No divagues, Damiana ¡pobre nena mía!

— Mamá....

— ¿Qué quieres, ángel de Dios?

— ¡Ángel de Dios! Sí. mamá; todos los mártires son ángeles de Dios. Pronto seré yo también de ese coro.

— ¡Damiana!, ¡hija!, ¡mi vida!, ¡sol mío!

— No te asustes, mamá —dijo Damiana con esa pausa serena de los moribundos sin dolor físico—. Estoy rebosante de amor Infinito. Hay algo en mí que quiere volar a lo alto, a las regiones de lo incorpóreo.... Estoy iluminada, mamá, y ya no veo las cosas de este mundo. Cuando me vaya al otro, ponme muchas flores; pero solamente tuyas y si viene él a verme muerta, no le dejes entrar..., pero. Sí, déjale, que así puede que yo resucite.... ¡ay, mamá querida, qué cosas dicen los sentidos cuando se mueren de amor!

— Sosiégate ¡por Dios, hija mía!

— Ya estoy tranquila, mamá. Mi alma está en posesión de la vida de los siglos. Siento en mi espíritu los primeros albores de la luz eterna. ¡Ay, mamá querida, qué dulce es la muerte!

Agitose con la contorsión violenta de los agonizantes, y un gesto de impaciencia dolorosa se dibujó en sus labios de rosa quemada.

— ¡Damiana!, ¡Damiana! —gritó doña Carlota.

— No, mamá..., no tengas miedo..., que... que todavía no... no me... mue.....

La voz se fue al otro mundo....

VI

En Buenos Aires los Kesner son legión. Hay una colonia de Carlotas que no se les secan los ojos; algunas Damianas han subido a la gloria, mientras otras muchas, que gastaron coche, tienen por infierno, aquí abajo, el coser para afuera y el sufrir para adentro, ceñida el hambre por elegantes cinturones.

Francisco Grandmontagne
Caras y caretas (Buenos Aires). 14/1/1899, n.º 15